

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 20 octubre 2010

Textos de referencia: «Vivir es hacer memoria de Mí», *Asamblea Internacional Responsables de Comunión y Liberación (La Thuile 2010)*, supl. *Huellas-Litterae Communionis*, n. 9 (2010); «í Un día se preguntó quién erái », *Jornada de apertura de curso de los adultos y de los universitarios de CL (Rho 2010)*, *Huellas-Litterae Communionis*, n. 9 (2010).

Canto õZachéeö
Canto õAl mattinoö

La última pregunta de la pasada Escuela de comunidad y la respuesta a ella han suscitado muchos debates, y por ello me gustaría volver sobre la cuestión a partir de vuestras cartas.

«Querido Julián, me quedé muy impresionado después de la última intervención de la pasada Escuela de comunidad y de tu respuesta, que sin embargo no me dejó completamente satisfecho. Te pido, si es posible, que profundices en ella, pues es un punto que me atañe de forma particular. Por diversas circunstancias, he tenido que enfrentarme personalmente con la enfermedad, el dolor y la posibilidad concreta de una muerte inminente. Pero incluso en circunstancias mucho menos dramáticas he tenido que afrontar situaciones de mal y de oscuridad en las que la resurrección y la contemporaneidad de Jesús sonaban como palabras vacías. En esos momentos tenía la misma rabia que el chico que intervino. Mostrar esta rabia a alguien del movimiento y de la Iglesia es expresar una pregunta que inevitablemente se dirige a los únicos ámbitos de los que podemos esperar una respuesta. Hace falta valor para gritar esta ausencia (õDios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?ö), porque se sale de los õesquemas del movimientoö para los que sólo está bien decir lo que no crea problemas y lo que es coherente con el discurso. Cuando uno vive en la oscuridad y no percibe una presencia, no es suficiente esforzarse para poder ver, ni tampoco tratar de justificar el mal buscando a la fuerza aspectos positivos, como por ejemplo que õen la paciencia se revelará el designio buenoö, õla respuesta llegará de la forma más inesperadaö, õa lo mejor esto te ayuda paraí ö. Te pido que nos ayudes, tanto a mí como a muchos otros, a entender cómo afrontar la realidad de esta õausenciaö. No es suficiente con decir que hay otras situaciones en las que la Presencia se ve, porque esto no hace sino agudizar el drama de un õaquí y ahoraö en donde no se ve esta Presencia. Ni siquiera es suficiente la conciencia, siempre agudísima en estos casos, de que sin la Resurrección nada tendría sentido; el sin-sentido parece a veces una posibilidad concreta, y la fe usada como anestesia y soporte psicológico ante lo intolerable del mal resulta frágil e inconsistente; ni siquiera es suficiente la invitación a la oración, sin duda esencial incluso cuando expresa un grito desesperado, porque cuando se grita a la oscuridad antes o después este grito se apaga». Ésta es una de las muchas cartas.

Os leo otra: «El chico que vive el drama de su abuela somos nosotros. En él se ha expresado un grito que es el de cada uno de nosotros; sí, sí, la compañía, el movimiento, la Iglesia, los santos, el mismo Cristo; pero en esta vida sufrimos, existe el mal, morimos; entonces, ¿para qué sirve la fe? La dureza de esta pregunta es exactamente el único punto gracias al cual se puede resolver la famosa distancia entre saber y creer. De hecho, nosotros sabemos por la gracia de la fe, es decir, reconocemos que es verdad ó como es verdad que en este momento yo estoy delante del ordenador escribiendo, como es verdad que hoy el cielo está nublado ó que Cristo, el Hijo omnipotente creador del

cielo y de la tierra, ha muerto en la cruz para que yo, y conmigo todas las personas a las que amo y todo el mundo, pueda salvarme, mantenerme, conservarme, no perderme, durar para siempre, no terminar en una oscuridad pequeña hecha primero de dolor y luego de una nada putrefacta. Justamente allí, donde se sitúa ese grito, Cristo abre una posibilidad inesperada, abre una esperanza inaudita, tan exagerada, que responde de tal forma a nuestro corazón, que a menudo nos cuesta creer que sea verdadera. Si el enganche no se produce al nivel de este grito y de esta respuesta, no hay movimiento que valga, no hay fe que valga, no hay Carrón, Rose, padre Aldo, Cleuza, etc., que valgan; no hay Cristo que valga. Como hijo, sin embargo, querría regañarle a usted, padre, o a lo mejor sólo tirarle de las orejas, por compasión hacia mi hermano. Ese chico vino para gritarnos su imposibilidad de ver; su cerrazón ostentosa estaba llena de una sana duda, como usted trató justamente de insinuar, y como no puede ser de otro modo. De hecho, si él no fuese el primero en dudar de que sus afirmaciones negativas fuesen del todo verdaderas, ¿qué motivo habría tenido para venir a contarlas? Por eso me hirió el cierre inmediato después de su intervención, tras haber obtenido la òdemostración de lo irracional de su posición. Ese chico somos nosotros, caprichosos e incapaces de ver, pero deseosos en el fondo de que alguien fuerce nuestra cabezonería y nos abrace, ayudándonos a entender que nuestra posición es un mal sueño, y que la promesa de la realidad se mantendrá inesperada e inmerecidamente. Le suplico que le busque, que vaya a su encuentro, que no le deje marchar con su trágica insatisfacción; al recuperarle, usted nos abraza a cada uno de nosotros».

Empezamos sobre esto.

Respecto a esta intervención y a vuestra discusión, me he dado cuenta mientras hablabais de que a mí no me libera un abrazo genérico, sino un juicio como el que has hecho tú cuando él decía: «¿Dónde está Cristo resucitado?», y tu decías: «Tienes que hacerte la pregunta al contrario: ¿Cómo puedes mirar a tu abuela si no está Cristo resucitado?»; o también: «¿Puedes poner la mano en el fuego afirmando que no hay nada más que lo que tú ves?», o también cuando hablaba del afecto que se está muriendo: «Pero justamente porque se está muriendo te conviene mirar, ampliar la razón para ver si lo que tú estás viendo es todo». Cuando escuché estas respuestas experimenté una liberación porque, sobre todo en ciertos momentos, no necesito palabras buenas, sino palabras verdaderas, necesito escuchar algo que sea tan verdadero que me ponga entre la espada y la pared, porque sólo así puedo empezar a cambiar. La otra cosa que quería decir es que mientras escuchaba vuestra discusión, me vino a la mente un pasaje del Evangelio que había escuchado unos días antes en el que los sacerdotes, para desafiar a Jesús, Le dicen: «¿Con qué autoridad haces lo que haces?»; y Jesús, con una inteligencia sin igual les hace una pregunta, y con una sola pregunta les pone entre la espada y la pared haciendo que salga a la luz su posición. En ese momento dije: «¡Pero qué uso de la razón!», y este uso de la razón lo reconocí en vuestra discusión, reconocí en ella ese mismo rasgo de Cristo. Por eso, en esa discusión, yo hice experiencia de la contemporaneidad de Cristo.

Lo que libera es un juicio, pero ¿qué es un juicio? Estoy de acuerdo con lo que hemos escuchado. Delante de una situación como la de nuestro amigo de la escuela pasada, o cuando nos bloqueamos como él óporque también nosotros podemos hacernos un líoó, es verdad que otras situaciones en las que la Presencia se vea pueden no ser suficientes ó pero después diré algo sobre esto ó; no basta ni siquiera la conciencia de que sin la Resurrección nada tendría sentido, porque esto no demuestra la Resurrección; es verdad que no es suficiente la invitación a la oración, porque se puede rezar como si Cristo no

hubiese resucitado. La cuestión es, amigos ó y volvemos al principio de *¿Se puede vivir así?*, que trata sobre la fe ó, si el punto de partida de la fe es un hecho y la fe es un recorrido de conocimiento (aunque el hecho de que yo haya hecho experiencia verdadera de Su presencia, en realidad, no me permite estar ante una situación como si no hubiese visto nadaí). Yo ponía este ejemplo: si Juan y Andrés, después de haberle visto resucitado, hubiesen tenido que afrontar la situación de nuestro amigo con la abuela moribunda, ¿lo habrían hecho de forma diferente a los demás o no? ¡Para ellos habría sido imposible mirar a su abuela en esa situación sin tener presente que habían visto resucitado al Amigo que ellos mismos habían colocado en la tumba! ¿Sí o no? Cada uno debemos mirar esto. Más allá de la dificultad que vivo ahora, del desgarró que sufro, del sufrimiento que padezco, ¡la cuestión es que si de verdad estoy queriendo el bien de esa persona, puedo mirarla con la presencia de Cristo resucitado en los ojos! Y esto lo entiendo muy bien, no lo digo ahora para responder: porque yo he tenido que hacer este trabajo ante el cadáver de mi padre. A mí no se me ha ahorrado, yo también me podría haber bloqueado por esta separación, porque, ¿qué ser humano está preparado alguna vez para la muerte de su padre? Pero si no hubiese hecho en ese momento el trabajo en el que el movimiento me ha educadoí ¿Es la muerte la última palabra sobre la vida de mi padre o he visto algo que ni siquiera un momento como ese puede borrar? Me vino a la mente el ejemplo de Juan y Andrés y de los discípulos, porque el juicio es un hecho, es el reconocimiento de un hecho. Por eso es verdad que no son suficientes sólo algunas cosas: se necesita la fe, se necesita el reconocimiento de un hecho. Y un hecho no son pensamientos, o consuelos, o sentimientos, o estados de ánimo (por muy malos que sean): un hecho es un hecho, y nadie lo puede borrar. Puedo no querer mirarlo, pero que no quiera mirar no significa que para mí Cristo no haya resucitado y que no haya esperanza para mi abuela. Muchas veces nos bloqueamos y sufrimos la circunstancia de un modo que no introduce novedad alguna, porque en el fondo seguimos mirando la realidad como si Cristo resucitado no fuese un hecho, no fuese un dato de la realidad. Miro la realidad tal y como es y veo muchos hechos que documentan Su presencia, y aún así sigo como si no existiera. ¡Pero existe! ¡El hecho es un hecho! Pero añadía: el juicio es el «reconocimiento» de un hecho; en el reconocimiento del hecho entra en juego la libertad, como hemos visto. Y esto es algo que nadie puede hacer en nuestro lugar. Podemos acompañarnos, pero nadie puede sustituirnos. Por eso dice Jesús a la hermana de Lázaro: «Si crees, tu hermano resucitará». Si crees, es decir, si reconoces esto. Por lo tanto, cuando decimos que queremos una compañía que nos ayude a entender que nuestra posición es un mal sueño y que la promesa de la realidad se mantendrá, podemos decirlo como fruto de un voluntarismo. Como si decirlo y repetirlo con fuerza nos permitiese ser capaces de mantenerlo. ¡No! Lo que permite que una promesa se mantenga es que hay un hecho que lo documenta: Cristo ha resucitado. La promesa no se mantendrá porque yo o cualquier otro afirme esto con más fuerza, con más intensidad, o con más ardor; depende de la verdad con la que ha sucedido el hecho y con la que yo lo reconozco. Con respecto a esto, escuchad lo que me escribe otra persona: «Te doy las gracias por la respuesta que diste a ese chico triste. Me he visto a menudo en situaciones como ésa y lo que yo me decía era que el Misterio no se puede explicar (aunque estuviese seguro de que todo tenía un sentido). Pero en la conversación tú dabas razones más adecuadas [porque nosotros somos cristianos, no afirmamos el Misterio como si estuviésemos todavía «en el nivel del sentido religioso», nosotros tenemos hechos: la fe cristiana, amigos, parte de los hechos, y por eso podemos dar razones de los hechos, no un genérico òesperemosö; tenemos que hacer otra vez el recorrido de *¿Se puede vivir así?* desde el principio: la fe parte de un hecho que genera una esperanza, y esta esperanza

está llena de razones por el hecho que ha sucedido]. Tú has dado las razones más adecuadas, y sobre todo le has obligado a mirar lo que hay. Por eso mismo no se puede negar: hechos, y no simples promesas de bien. Esto es decisivo, y lo cambia todo. El ejemplo de poner la mano en el fuego para afirmar que no existe lo que no se ve le deja a uno realmente desarmado; es tan razonable que somos las criaturas y no el Creador; me ha venido a la mente el fragmento de la Escuela de comunidad donde se cita la Biblia: «¿Dónde estabas tú cuando yo hice el cielo?». Aquí es donde está Cristo resucitado. Invité a la Jornada de apertura de curso a una amiga que desde hace diez años no puede estar de pie más de diez minutos seguidos o sentada en una silla por un dolor de espalda que aún no se ha conseguido explicar. Le dieron un pase especial para minusválidos. Estuvo escuchando tumbada sobre una camilla; de vez en cuando se sentaba para tomar apuntes, pero al cabo de un rato se tumbaba de nuevo. Al final de la lección me dijo: «He entendido el porqué de estos diez años de dolor. Si no hubiese sido así, no habría estado aquí». Hablaba de su mal como de una gracia recibida, y yo la miraba conmovido, porque, ¿quién puede hablar así de un mal que invalida de esa manera? O estás loco o de verdad hay algo que te permite respirar en medio del dolor. La llamé días después y me dijo que el dolor no se había ido, la incomodidad no se había ido [¡la fe no es un narcótico!], pero que todo tenía un sentido, porque está segura de estar haciendo un camino. Algunas personas me decían que no habían entendido la Jornada de apertura de curso: porque estábamos dando por supuesto un camino. Ella estaba convencida de esto: que estamos haciendo un camino. Está convencida de estar sólo al principio, pero también de tener a Jesús a su lado, y esto le hace feliz».

Y aquí no puedo evitar citar el hecho imponente que ha sido la muerte de nuestra amiga Marta, ex-universitaria de la Universidad Católica de Milán, procedente de Rimini. Quizá algunos hayan leído la conversación que mantuvo con su padre. Os leo algún fragmento porque habla de una mujer de veintisiete años al borde de la muerte que testimonia qué es lo que le permite estar frente a su dolor (no al de los demás...). «Marta, ¿quién es Jesús para ti?», le pregunta el padre. «Bueno, deja ya los razonamientos, deja de razonar. Jesús es «Yo soy Tú que me haces». La cosa más evidente es que somos objeto de un amor infinito, hay Otro que te ha querido y que te quiere. ¡Mira, mira lo que tienes!». Le dice que no razone, pero ella, ¿qué está haciendo? Está usando la razón a lo grande: la cosa más evidente es que somos objeto de un amor infinito. ¿Y qué hace esta chica al borde de la muerte? Invita a mirar: ¡Miremos lo que tenemos! Y sigue: «Mira la realidad entera, no hacen falta tantos razonamientos, mira, es como cuando haces una *piadina*, tienes la masa en tus manos. Para ser felices es necesario amarle a Él más que a nada, sobre cada cosa, y esto te hace amarle todo más intensamente. Yo amo todo, toda mi vida, desde que nací hasta ahora. La vida es alegría y dolor, y es así porque Jesús la ha hecho así, y por eso digo sí a mi enfermedad. Uno se lava, se viste bien, elige cosas bonitas, se cuida porque hay Otro que le cuida también. Esto es una gracia, tienes que pedirlo todos los días y pedir que te dé paz. La felicidad la viviremos en el Paraíso, aquí podemos pedir que nos haga vivir con paz». «¿Dónde has aprendido todas estas cosas? ¿Ha sido gracias a los amigos?». «El amigo es como el objetivo de una cámara de fotos, enfoca, es decir te ayuda a mirar hacia donde está la verdad, pero toda la relación es tuya y punto, tuya con Él, punto, nadie más, no el amigo-Él-y-tú; es tuyo y punto. Eres tú el que pregunta, eres tú el que pide, eres tú el que grita, eres tú el que pide: ¡Ámame!». «Y Él te responde». «Él te responde en la realidad». «En este caso, por ejemplo, con toda la gente que está a tu alrededor». «También, pero no sólo: me está cambiando, me está cambiando a mí y mientras tanto yo espero la curación». «Todos la esperamos. Rezamos, luchamos, preguntamos, pedimos. ¿Has dicho antes: «Yo me sostengo porque hay Otro que me

sostieneo? ¿Has dicho eso?». «Sí». «¿Cómo has aprendido todas estas cosas?». «Viviendo, viviendo en compañía de amigos grandes». «¿Y mirando?». «Sí, viviendo todo al máximo; pero, ¿cómo se vive todo de esta manera? Hace falta también un método y un camino, y el camino y el método los he aprendido en la universidad. Yo me he encontrado con Jesús en la universidad». «Es precioso lo que me dices, tenemos que hablar más a menudo de estas cosas». «¡No! Esto es lo que estoy diciendo, no es un problema de hablar». «Pero cuando me comunicas tu experiencia me ayuda, lo que me cuentas es un hecho». «Pero el problema no es sentarse en una mesa a hablar, el problema es que tú mañana por la mañana te levantes, te mires al espejo y digas: ¿Yo, Giorgio, yo soy Tú que me haces, y durante todo el día pidas que Él se te manifieste. El problema no es que hablemos tú y yo, ¿entiendes? No es ése el problema». Y termina la conversación así: «No es un problema de hablar: se trata de tu relación personal con Jesús. En eso no te puede sustituir nadie». ¡Tan sólo veintisiete años y hablando así a su padre!

Y añadido a continuación lo que me escribe el padre Aldo desde Paraguay: «Quería darte las gracias por la Escuela de comunidad. Me ha impresionado mucho el diálogo con el último chico que intervino. Me doy cuenta de que esta actitud puede ser a menudo la mía, ya que vivo en un mar de dolor. Con frecuencia escucho reacciones como la de ese chico, procedentes de los que están a punto de morir y de sus parientes. Pero me ha impresionado la actitud con la que desafiaste al chico y con la que me desafías, provocándome para no desviar la mirada de Cristo resucitado e invitándome a la conversión, de tal modo que cualquier circunstancia y cualquier dolor se vuelvan un instrumento de gracia. Cada día entiendo más que incluso delante del dolor tenemos que poder estar con Su presencia. Es necesario un trabajo personal, de modo que ni la muerte ni la vida puedan separarnos del amor de Cristo. Rezo por este chico, por mí, para que la conmoción (¿¿Quién eres Tú, oh Cristo, que con un amor eterno me has amado teniendo piedad de mi nada?») transforme ese ñoö en un ösö. Te agradezco también tu aparente dureza, que en realidad es la forma suprema de ternura cuando es el amor por el destino del otro lo que define nuestras relaciones». Me alegro de que haya salido a la luz esta cuestión porque nos hace entender de verdad, cuando llegamos al drama de la vida, qué es lo que de verdad nos acompaña incluso en la oscuridad. Y esto abre toda la cuestión de lo que hemos dicho en *Vivir es hacer memoria de Mí*: ¿Cuál es la verdadera compañía? ¿Y qué es la memoria?

Cuento la experiencia del cambio suscitado el otro día por una novedad imprevista. El día anterior me había sentido perdido cuando, como no me sucedía desde hace mucho tiempo, la jornada empezó con una sensación de extrañeza hacia las cosas y las personas, de fastidio por el límite con el que me topaba continuamente durante el día: los colaboradores distraídos e imprecisos, el cliente maleducado, mi cansancio porque mi hijo no duerme por las noches, el amigo que no respondía a las expectativas que tenía, el hecho de que me cueste el diálogo con mi mujer por la noche. Ese día me parecía que todo estaba en mi contra. Por la noche fue inevitable pensar en la canción con la que empezó la Jornada de apertura de curso y sorprenderme en esa situación. Sin embargo, cuando tú hablaste de ello, me pareció una posición muy lejana, que no me concernía. Por eso me di cuenta de que en todo este tiempo no había tenido la urgencia de entender tu llamada a la conversión, como si realmente no me concerniese. La mañana siguiente me desperté con una sensación de insatisfacción y de preocupación por el temor de vivir otro día duro y cansado como el anterior. De forma más o menos consciente le pedí a Jesús que se manifestara, que me ayudase ese día a vencer la extrañeza hacia la vida que me asustaba porque no me correspondía, pero no

sabía cómo salir de ella. Mientras desayunaba vi el nuevo número de Huellas que aún no había leído. Me llamó la atención el título del editorial y empecé a leerlo. Enseguida me impresionó cuando, hablando del relativismo, decía que se reflejaba de forma concreta en nuestra vida de cada día; decía: «Si todo vale, la consecuencia no es que todo tiene valor, sino que nada merece la pena. Todo se consume rápidamente y la vida cotidiana ó trabajo, familia, relaciones ó nos desilusiona, nos fastidia. A veces, da lugar a una rabia». ¡Me sentí descrito de forma dramática. ¡Verdaderamente, estaba muy lejos de no necesitar la conversión! Al seguir leyendo me vi sorprendido por una novedad imprevista ante la invitación a leer la Jornada de apertura de curso, que ya había leído, aunque sin esta urgencia: «í señala cuál es el único antídoto a la enfermedad de hoy que corroe desde dentro la existencia: la memoria, que se renueva porque Cristo se hace presente y atrae hoy nuestra humanidad, cambiando la conciencia que tenemos de nosotros mismos». Casi inmediatamente me recuperé de la apatía con la que había empezado el día, que dio paso a un sentimiento de esperanza y de liberación. Sentí al que había escrito el editorial como un amigo íntimo, porque había descrito perfectamente el deseo de mi corazón, poniéndome otra vez de forma imprevista delante del lugar donde Cristo ha emprendido la lucha por mi conversión (que es la compañía del movimiento, pero sobre todo tu testimonio, tu continuo reclamo a la contemporaneidad de Cristo, tu hincapié en los hechos, acontecimientos y personas que hacen que sea familiar la presencia de Aquél que mi corazón tanto desea). El día se convirtió inesperadamente en una promesa de bien. En el trabajo, las mismas personas de antes con los mismos límites se habían convertido ese día en un desafío, ya no eran un obstáculo, sino una ocasión para ponerme en juego. Los mismos amigos de siempre volvieron a ser el signo de la ternura del Misterio hacia mí. Mi mujer volvió a ser el signo de la fidelidad de Dios en mi vida; incluso el hijo que no nos deja dormir por la noche se ha convertido esta mañana en una oportunidad para levantarme pronto a leer con gusto la Jornada de apertura de curso a las seis de la mañana. He comprobado en la experiencia que tienes razón cuando dices que no tenemos que hacernos ilusiones: necesitamos hacer un largo camino de conversión para vencer en nosotros la influencia del relativismo que dificulta la capacidad de conocer esa verdad que nos da más vida y más amor.

Gracias.

Desde hace más o menos dos años vivo una situación laboral muy dura. Soy médico, y por motivos que no tienen nada que ver con mi profesión, todo el servicio ha sido objeto de una auténtica vejación. Y esto se ha agudizado en los últimos meses, creando tensión entre mis colegas y favoreciendo un clima de decadencia en el que cada uno piensa sólo en sí mismo. Probablemente éste sea un escenario común para muchos, pero, por suerte, no para mí, pues, por el contrario, el grupo en el que trabajo se ha consolidado con los años (sobre todo por mi contribución), y se preocupa por el bien común de todos. Esta situación ha creado estos meses en mí un gran sufrimiento por el mal gratuito que veía y por la imposibilidad de cambiar esta circunstancia tan árida y desolada. Esto generaba en mí un miedo a manipular la realidad a mi gusto partiendo de la hipótesis de un bien presente. Yo entendía que los discursos del movimiento, todos ellos verdaderos, que escuchaba y que yo mismo decía ó podría citar miles ó no me bastaban; además, me preguntaba cómo era posible que otras situaciones también muy dolorosas que había vivido estos años, en particular algunas graves pérdidas familiares, como la muerte de mi padre, no me hubieran dejado en una situación de desolación como la que vivía en ese momento. La respuesta que me he dado es que en aquellos momentos no llevaba yo solo el dolor, sino que físicamente fui sostenido por

amigos que estuvieron cerca acompañándome y ayudándome hasta en los detalles más banales. No se me ahorra el dolor, pero el bien estaba presente, yo lo veía. Esta vez, en cambio, estaba prácticamente solo. Digo prácticamente porque en realidad ha habido por lo menos tres personas que me han ayudado como han podido y que me han sostenido. Con una de estas personas, que es viuda y tiene un hijo con problemas, me he confrontado sobre estas reflexiones; y ella me ha contado cómo también había sido físicamente sostenida por una gran cantidad de personas que realmente le habían ayudado cuando murió su marido. Pero cuando pasaron los meses, cuando se levantaba por la mañana o cuando por la noche estaba agotada, el rostro de su hijo con problemas se le presentaba como un tormento, como un punto ineludible. Y esto ó me contaba ó le obligó a comprender que esta situación, en la que tu problema y tu angustia son sólo tuyos, era el punto de madurez en el que estás llamado a hacer cuentas hasta el final, tú solo, con el Misterio que te pide que Lo reconozcas y Lo invoques con insistencia. Tengo que admitir que inmediatamente me afectó el golpe; no había contemplado nunca la hipótesis de que esta aridez que me llenaba el corazón de angustia fuese una ocasión para mi vida. De esta forma, los días siguientes empecé a vivir todas las circunstancias, exactamente las mismas que antes, partiendo de esta posición, pidiendo a Jesús que me hiciese capaz de reconocerle. El efecto inmediato fue la desaparición del miedo, porque incluso este aspecto tan antipático para mí adquiría un valor para mi vida; y la desaparición del miedo ha determinado una mirada diferente sobre la realidad, que volvía a ser amiga. Esto me ha desbloqueado y he empezado a tratar otra vez la realidad como posibilidad de bien y a intentar manipularla dentro del pequeño espacio de acción que me permitía la situación. Lo que pido ahora para mi vida es no abandonar esta posición de súplica ante el Misterio. Por supuesto no pido que se mantenga esta situación tan hostil, ¡ojalá Dios me libre de ella! Pero sí pido que se mantenga despierta en mí la misma urgencia de buscarle que esta circunstancia ha provocado.

Intentemos no perder el núcleo de la cuestión. Fijaos que no ha contado ningún hecho espectacularí ¿Qué es lo que ha determinado este cambio?

Poder mirar la circunstancia como amiga.

Punto. ¿Entendéis? ¡Punto! Que alguien me abra a la posibilidad de no mirar la realidad según mis medidas, y esto puede ser un punto de madurez para ti; es una hipótesis que uno acepta cuando se ve en apuros, porque es cuando uno está más necesitado, y por lo tanto es menos presuntuoso. Esto hace que nuestra razón se abra de tal modo que pueda empezar a percibir la realidad, incluso aquélla en la que me bloqueo, como una ocasión para mi vida. Fijaos que no es necesario que sucedan hechos excepcionales, como tantas veces esperamos que sucedan: simplemente basta con que seamos leales con este uso verdadero de la razón como categoría de la posibilidad que introduce Otro, y esto tiene un efecto inmediato: desaparece el miedo, la realidad se vuelve amiga y todo empieza a adquirir un rostro distinto. Simplemente es necesario estar mínimamente abiertos a esto. Y estoy impresionado, porque cada vez me dais más testimonio de esto. Os leo esta carta: «Me ha conmovido mucho cómo respondiste al chico en la última Escuela de comunidad. Desafiaste su razón preguntándole si admitía algo diferente de lo que le pasaba por la cabeza. Me doy cuenta de que esa actitud es como la mía, porque es verdad que frente a cada circunstancia el punto de partida para juzgar es siempre mi propia medida. Digo esto porque respecto al tema de la conversión sobre el que nos estás haciendo trabajar no es que falte el deseo de Él [todos lo tenemos: ¡Estoy seguro de que estáis aquí porque lo tenéis!], pero en última instancia no prevalece Su presencia sobre mi pensamiento, no prevalece como posibilidad sobre mi medida. Mirar toda la realidad con la certeza instantánea de que es para mí por el hecho de la presencia de

Cristo, me parece casi imposible [y esto podemos decirlo después de años de vida en el movimiento, después de años de testimonios a millares]. Y es tan verdadero que, como dices tú, incluso lo que veo que les sucede a otros me conmueve; pero después parece que para mí es imposible [vemos en otros cómo saltan por los aires sus propias medidas, pero es como si para nosotros no fuese posible]. La cosa se vuelve todavía más difícil cuando se piensa en las cosas bellas que a uno le han sucedido, en las que es evidente, al menos para mí, que es Otro quien obra en mí». Muchas veces concebimos la conversión como dejar de hacer cosas malas para hacer cosas buenas ó podríamos decir que esto estamos dispuestos a hacerlo (¡casi!) ó. ¡Pero hace falta casi un cataclismo para cambiar nuestra medida! Fijaos que cuando Jesús usa la palabra conversión se está refiriendo a esto: cambiar el modo de percibir la realidad, el *nous*, es decir, el modo de usar la razón. No es que Giussani fuese un iluso cuando nos hacía trabajar sobre esto, es más, desde la primera hora de clase en el liceo Berchet sabía bien cuál era la batalla porque nosotros seguimos atascados en esta medida. En cambio, cuando dejamos entrar otra posibilidad, empezamos a ver cómo es en verdad la realidad.

Quería contarte el resultado del trabajo de la Escuela de comunidad. El primer resultado es el cambio de la actitud frente a la realidad, en el sentido que desde que abro los ojos por la mañana es como si ya no pudiera prescindir del dato de que la realidad existe, que existe tal como es en el sentido literal del término, como algo que te es dado: que uno se despierta, que tiene un marido, hijos, una casa, un trabajo, unos padres, la fe. Dicho esto, cuando has empezado a tomarte en serio el punto de la conversión y a desafiarnos a nosotros con respecto a él, he visto que esto producía en mí una rigidez y un temor; y obviamente esto me ha dolido y turbado.

¿Por qué? ¿Por qué ha producido en ti rigidez?

No lo sé.

Cuando digo que nosotros, delante de la palabra conversión, nos defendemos, estoy diciendo esto; no sabemos por qué, pero en cuanto la escuchamos, nos ponemos rígidos y nos llenamos de temor. Esto es lo que quiero decir.

A pesar de la gracia que yo siento en mí.

Te lo agradezco, porque es lo que experimento yo también.

Me he sentido turbada a pesar de que después tú, en el texto, eras comprensivo: no os preocupéis, en el fondo «nos resistimos a algo que está presente». No conseguía entender cómo podía resistirme a lo que yo creo que es mi mayor deseo. Así que hice una cosa, la única cosa que me acompaña cada día; y aquí se produjo la mayor sorpresa, en el sentido de que no me habría dado cuenta ni de la contemporaneidad ni de la conversión, si no se hubiese introducido un tercer factor, que es el método que nos has propuesto. También porque me he dado cuenta de que, además de reconocerle presente, yo necesito continuamente volver a encontrarle cada día en todos estos datos, necesito ver un punto de novedad última en el hombre con el que me casé hace veintidós años y al que conozco hasta el punto de poder preverlo, necesito ver en mi trabajo (que es el triunfo de lo ordinario) una posibilidad de cambio para mí, pero no sólo para mí, sino para el mundo, para la historia. Y entonces entiendo lo que decía el correo que has citado antes de que no son suficientes Rose, el padre Aldo, etc. Sin embargo, yo los tengo presentes; cuando pienso en tener que perdonar o en ser perdonada tengo presente al Papa; cuando miro a mis hijos tengo presente a Rose; cuando entro en la oficina tengo presente a Marta Cartabia y lo que dijo; hasta la relación continua con lo que nos dices tú, porque de otro modo no es posible para mí vivir mi humanidad tal como es, hasta ese punto de soledad profunda que hay en mí y que nada ni nadie parece colmar. No es posible vivir todo esto como un recurso.

¿Qué es lo que hace posible esto? Porque ésta es la conversión de la que no puedes defenderte.

Que Alguien se ha inclinado y me ha amado con un amor infinito.

La cuestión es ésta. Delante de alguien que te dice: «¿Me amas?», ¿te quedas rígido? No. Digo esto porque uno puede quedarse rígido ante ciertas cosas que tiene que dejar o que tiene que eliminar, no ante un abrazo. ¿Es verdad o no? Porque nosotros, un instante después de haber dicho la palabra conversión, la reducimos al moralismo de siempre (es decir, que tengo que cambiar algo). El primer cambio al que nos está invitando desde siempre don Giussani es que la primera actividad es casi una pasividad que consiste en acoger el abrazo de otro. ¿Zaqueo se convirtió?

Sí.

¿Se resistió?

No.

¿Se quedó rígido?

No.

¿Por qué no? Porque aceptó; ante todo no preveía que tuviese que cambiar nada, aceptó el imprevisto que suponía que Uno le abrazara con toda su humanidad. El problema es que nosotros separamos esto; y después nos imaginamos la conversión como si fuese algo nuestro. No. Zaqueo cambió dominado por esta conmoción. Pero nosotros lo separamos: por una parte está el discurso sentimental y por otro la conversión moralista. ¡Separamos dos cosas que sólo pueden estar unidas! Tanto es así que cuando se separan, ya no existen, y uno se bloquea. ¿Por qué? Ésta es la cuestión: porque nosotros ya hemos reducido a Cristo, no pensamos en el don de su Presencia, sino en las actitudes que tenemos que cambiar. Cuando Zaqueo acogió aquella mirada que nunca antes había visto, quedó tan desconcertado por Su ternura que después, sin esfuerzo, cambió. ¿Me explico? Si nosotros no aceptamos esto, si cuando tú te pones rígida no Le dejas entrar ó no es que tengas que cambiar la rigidez, no es que tengas que prepararte antes porque, si pudiésemos prepararnos sin Cristo, entonces ¿qué haríamos aquí? ó, entonces la conversión se convierte en ansia. Y en el fondo Cristo queda reducido a una palabra, a un objeto decorativo. De hecho, en el imaginario colectivo actual (en el que también nosotros participamosí y de qué modo), ¿cómo se concibe la figura de Cristo? Vino, se fue, nos dejó aquí solos con unas cuantas reglas a seguir y después volverá para juzgarnos en el juicio final. Cuando me quedo rígido y no vuelvo a partir del bien que he experimentado, no puedo salir de esta rigidez, me quedo bloqueado. Debemos desafiar constantemente nuestra rigidez con Su presencia. Y esto es un trabajo.

Termino leyendo otro correo que explica bien lo que de verdad nos hace entrar en la realidad de un modo distinto: «Quiero contarte cómo me ha ayudado el trabajo de la Escuela de comunidad y me ayuda ahora a afrontar de nuevo las circunstancias, incluso las más impensables. Hace más o menos un año, me concedieron, por pura gracia, el traslado por motivos familiares. El primer día de trabajo me presento al director de la sucursal (trabajo en la banca), y lo primero que me dice sin medias tintas es que, si hubiera podido elegir, nunca me habría elegido a mí para ese trabajo, sino a una persona que ya tuviese una cierta experiencia en él. Para mí ha sido un período difícil pero cargado de gracia. Entraba cada día en la oficina pidiendo que Él se dejase ver, que no me dejase sentirme sola en ese ambiente tan hostil, que pudiese reconocerle más. Más o menos un mes después el director vino a mi despacho y me dijo: òMira, olvídate de lo que te dije el primer día. Si ahora me pidiesen elegir entre tú y alguien que hubiera hecho este trabajo durante toda su vida, te elegiría a ti, porque además de haber aprendido a hacer este trabajo mejor que quien lo hace durante toda su vida,

humanamente he conocido a pocas personas como tú. A mí me dieron escalofríos porque era evidente que se trataba de una obra de Cristo. La conversión es justamente lo que dices: que se despierte en mí el deseo de cambiar para no perderme lo que tengo delante, y esto implica un cambio personal, es decir, volverme para mirar dónde me provoca Cristo en la realidad, porque si no, lo elimino. Esto se hizo evidente en este otro episodio que me sucedió. Hace algunos meses fui a unos cursos de formación de la banca para la que trabajo, y en las conversaciones con los compañeros se percibía un gran descontento: unos se lamentaban porque el director era poco comprensivo, otros lo hacían por los compañeros poco colaboradores. Esto me impactó, y en ese momento dije: «Para mí el trabajo no es esto». Unos meses después, charlando con una compañera, me contó cómo estaba viviendo el trabajo, y en un momento dado me dijo: «Bueno, pero tú ya lo tienes resuelto». Evidentemente, éstas eran dos ocasiones privilegiadas en las que el Misterio me estaba provocando. Para mí la conversión coincidió con tomar en serio estos dos episodios que me suscitaron multitud de preguntas sobre el significado de mi persona [el Señor nos llama de esta forma: si no entrevemos ni siquiera una posibilidad de ganar algo, no nos movemos y reducimos el corazón al sentimiento]. Surgió en mí el deseo de profundizar en la posibilidad que supone el trabajo, y de comunicarla a los compañeros y amigos. Hablando con algunos de este deseo propuse invitar para un encuentro público a un amigo que es el testimonio vivo de una humanidad cambiada por el encuentro con Cristo. Invité a mis compañeros y al director de mi sucursal. Sólo vino el director, quien al final del encuentro no sabía de qué forma agradecerme que le hubiera invitado, porque estaba realmente deslumbrado por lo que había escuchado. Me dijo: «A mí también me gustaría formar parte de esta historia. Si llego a saberlo, traigo también a mi mujer y a mis hijas» [ésta es justo la modalidad con la que Cristo se da a conocer: afrontando la realidad como todos pero con esta novedad en los ojos, y Él, en cuanto ve un resquicio en nuestro corazón, nos une a sí]. Te agradezco de verdad la pasión con la que nos acompañas en este recorrido, no nos dejas escapatoria. Seguramente, hace un año estos hechos [¡atención!] sólo me habrían conmovido, los habría contado en la Escuela de comunidad sin llegar a decir: «¿Quién eres Tú, oh Cristo mío, que haces que sucedan estas cosas y me atraes cada vez más hacia Ti, haces que pida cada vez más Tu compañía?»». Ésta es la conversión, cuyo deseo es suscitado en uno por el asombro: «¿Quién eres Tú, Cristo? Ésta es la promesa que encierra la propuesta de don Giussani. No necesitamos no sé qué aparición; simplemente, necesitamos aceptar esta hipótesis para entrar en la realidad, en cada circunstancia con que la vida nos desafía. En caso contrario, escuchar estas cosas y no verlas en nuestra experiencia no nos basta, ya lo sabemos. Por eso, si cada uno de nosotros no acepta este desafío y esta verificación, la evidencia y la certeza no crecerán. En cambio, cuando aceptamos, ya veis lo que sucede...

Para la próxima Escuela de comunidad seguimos trabajando la lección de La Thuile, porque hoy ni siquiera le hemos dado una vuelta: ¿Qué ha cambiado en nosotros al leer la lección? ¿Cómo concebimos la comunión y la compañía? ¿Qué quiere decir la memoria? ¿Qué es lo que nos acompaña hasta la enfermedad o la muerte, qué es? Si no respondemos a estas preguntas no podremos entender hasta el fondo qué se nos propone en la lección.

Gloria